

Números 21:4-9

Números 21:4-9 Cuaresma 4, 2000 47; 64:1-5; 6-9; 51

⁴Después partieron del monte de Hor, camino del Mar Rojo, para rodear la tierra de Edom; y se desanimó el pueblo por el camino. ⁵Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? Pues no hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano. ⁶Y Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes, que mordían al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel. ⁷Entonces el pueblo vino a Moisés y dijo: Hemos pecado por haber hablado contra Jehová, y contra ti; ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes. Y Moisés oró por el pueblo. ⁸Y Jehová dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre una asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá. ⁹Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre una asta; y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce, y vivía.

Si hay algo que debemos recordar en el tiempo de la Cuaresma, es nuestro pecado que llevó a Cristo a la cruz. No hay que culpar a los judíos del tiempo de Jesús, o los romanos, o Pilato en particular. Cristo fue a la cruz por una razón, solamente por una razón, porque Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Como canta el autor del conocido himno “Jesús mi bien, ¿qué crimen cometiste?”, “Cuál es la causa de tus aflicciones? Yo soy quien cometió las transgresiones. Mía es la deuda que con crueles llagas Tu, Cristo, pagas”.

Para ayudarnos a meditar con verdadero provecho y bendición en los solemnes temas de la Cuaresma, meditemos hoy en el tema: La serpiente levantada, una señal de salvación. Fue eso I Para un pueblo pecador, en necesidad de salvación. II Para un pueblo arrepentido, que buscaba la salvación. III. Para un pueblo creyente, un medio de vida.

El pueblo de Israel había cumplido casi la totalidad de la dura sentencia pronunciada sobre ellos casi 40 años antes, de que tendrían que andar errantes por el desierto hasta que toda esa generación de los que habían salido de Egipto y se habían rebelado contra Dios en lugar de entrar en Canaán para conquistarlo habían muerto en el desierto. Una nueva generación reemplazaba a esa generación terca y rebelde y se acercaba otra vez a los límites de la tierra de promesa. Piden al pueblo de Edom, un pueblo hermano, descendido de Esaú, el hermano de Jacob, un salvoconducto para pasar por su territorio para llegar a

la frontera de Canaan, esperando una respuesta favorable a una petición totalmente razonable, pero en lugar de una respuesta positiva, el rey de Edom les responde: “No pasarás por mi país; de otra manera, saldré contra ti armado”. Y no eran palabras solamente. “Y salió Edom contra él con mucho pueblo, y mano fuerte”.

Tan pronto que se ponen de camino para ir alrededor de Edom, muere Aarón, el gran sumo sacerdote, el hermano de Moisés. Después sufren un ataque de parte del rey de Arad. Aunque tienen éxito en su defensa contra él, tienen que adentrarse más en el desierto, volviendo a atravesar tierras que pensaban haber dejado atrás para siempre, camino al Mar Rojo. “Después partieron del monte de Hor, camino del Mar Rojo, para rodear la tierra de Edom”. Enfrentados otra vez con el desierto inhóspito, y como que no hacían ningún progreso, nos dice nuestro texto: “Y se desanimó el pueblo por el camino”.

En su desánimo, hicieron lo que también hacemos nosotros con demasiada facilidad. Se quejaron. Se quejaron de su líder, Moisés, y se quejaron de Dios por llevarlos por ese camino tan duro y tan desalentador. “Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? Pues no hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano”. Seguramente, muchos expresaron estos sentimientos en quejas y murmuraciones contra Moisés. El había sido el líder de Israel cuando salieron de Egipto. Había conducido al pueblo durante los 40 años de aparente estancamiento en el desierto de Sinaí. Con toda probabilidad, muchos en ese momento se quejaban abiertamente expresando su insatisfacción con el liderazgo de Moisés. Pero al quejarse de él, se estaban quejando de aquel a quien el Señor mismo había llamado y nombrado para ser el líder de Israel. Era el mediador entre Dios y el pueblo, la persona a través de quien Dios había dado su gran pacto en Sinaí a su pueblo. Fue el que con su intercesión había evitado el exterminio del pueblo después de la descarada idolatría del becerro de oro. Quejarse de él era en realidad quejarse de Dios. Claro que había sido un líder imperfecto también, pero su queja no era por el pecado y la debilidad de Moisés, sino por algo que había hecho por el expreso mandato de Dios, así que realmente era contra él que se estaban quejando.

Y mira el contenido de la queja. “¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto?” ¿Se han olvidado? ¿Les parece tan poco que hayan sido liberados de una horrible esclavitud en Egipto? ¿Se han olvidado los mandatos de un Faraón que había deseado exterminar al pueblo, mandando la muerte de cada hijo varón de los israelitas? Qué están pensando para quejarse de que Dios los haya sacado de Egipto? Y luego:

“Pues no hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano”. No hay pan, no hay comida. ¿Pero realmente es así? Ellos mismos tienen que confesar que no. Dios fielmente les ha dado el maná, ese pan milagroso que hacía treinta y ocho años sus padres habían recibido con asombro y gratitud. Pero no importa. Ya ese precioso don sólo es motivo de fastidio. Se dice que para el que está saciado, hasta la miel no le cae bien. Así son los Hijos de Israel aquí. Son como los niños que se quejan, “otra vez frejoles”, u “otra vez arroz”.

Podríamos pensar que así es la naturaleza humana, que este tipo de quejas no son tan serios, que todo el mundo lo hace. Pero mira cómo lo evaluó Dios. “Y Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes, que mordían al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel”. Para Dios, esto no fue un pecado ordinario. Éste fue el pueblo escogido de Dios, el pueblo que había recibido toda la riqueza y abundancia de su gracia. Fue el pueblo al cual Dios repetidamente había perdonado su terquedad y rebelión. Fue el pueblo al cual Dios misericordiosamente había acompañado como una columna de fuego y nube durante esos cuarenta años en el desierto. Que este pueblo ahora prefiera la esclavitud en Egipto a la presencia y promesa de su Dios salvador, que se queje de su guía y su provisión, ese desprecio de su gracia no puede ir sin castigo. “Y murió mucho pueblo de Israel”.

¿Qué tal nosotros? ¿Hemos recibido menos de la gracia de Dios que los Hijos de Israel? A pesar de lo que hemos merecido con nuestros pecados, Dios misericordiosamente nos ha rescatado mediante la muerte de su propio Hijo. Y juntamente con su Hijo, nos ha dado todas las cosas. Nuestro Catecismo nos recuerda que Dios nos ha dado “cuerpo y alma, ojos, oídos y todos los miembros, la razón y todos los sentidos y aún los sostiene; además vestido y calzado, comida y bebida, casa y hogar, esposa e hijos, campos, ganado y todos los bienes”. Y todo esto sin que hayamos merecido nada de estas bendiciones, sino todo lo contrario. Además nos ha prometido también, como al antiguo Israel, acompañarnos constantemente. “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Nos da las más preciosas promesas. “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”. Y aun así lo encontramos tan fácil murmurar y quejarnos de la manera en que este Dios amante dirige nuestras vidas, pensamos que sería mejor formar parte del mundo incrédulo que no parece tener tantos problemas como nosotros, así que nos quejamos y hablamos con desprecio de las bendiciones que Dios en su gracia nos ha dado.

Nosotros tampoco debemos pensar que eso sea una cosa leve y sin importancia. San Pablo nos recuerda en 1 Corintios 10: “Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros ... Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. ... Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga”. Cuidado con esas murmuraciones; ponen en peligro nuestra fe y nuestra eterna salvación. La muerte de los Hijos de Israel por la mordida de las serpientes debe ser una advertencia suficiente para nosotros.

Pero no sólo vemos en este texto un ejemplo de pecado y de los desastrosos resultados del él. También vemos un ejemplo de un pueblo que pronto se da cuenta de su pecado y lo confiesa con verdadero arrepentimiento. “Entonces el pueblo vino a Moisés y dijo: Hemos pecado por haber hablado contra Jehová, y contra ti; ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes”. “Hemos pecado contra Jehová”. Confiesan su pecado. Piden al siervo de Dios contra quien se han quejado que interceda por ellos. Reconocen que han merecido la muerte como castigo de Dios. Sin embargo expresan su esperanza de que haya alivio de su aflicción. ¿De dónde tienen esta esperanza? Seguramente recuerdan lo que Moisés les había enseñado acerca de otra ocasión en que Israel se había rebelado y sido desobediente. Cuando Israel merecía la extinción por su idolatría dirigida al becerro de oro, Dios había revelado su verdadero nombre y naturaleza a Moisés. “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado. y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación”. Habían experimentado la ira de Dios contra el pecado revelado en las últimas palabras de esta revelación. Pero ahora, arrepentidos, esperaban que Dios les mostrara la misericordia que prometió en la primera parte, que en efecto se revelaría como el Dios “que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado”.

Nuestro texto nos dice que “Moisés oró por el pueblo”. No fue en vano esa oración, porque Dios proveyó un remedio para el pueblo. En vez de la muerte merecida, deseaba que el pueblo viviera, así que arregló una señal de su misericordia y la unió con una promesa. Dijo: “Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre una asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá”. La figura de bronce, semejante a las víboras que mordían a la gente, no tenía ningún poder en sí misma. No era un objeto mágico que podía comunicar algún poder sanador al pueblo. Pero a esa figura muerta e inútil en sí misma, Dios

agregó una promesa que contenía todo su poder sanador. El que fuera mordido, y con fe en la promesa de Dios mirara a ese objeto, tendría lo que la promesa indicaba. En vez de morir fue sanado del efecto del veneno, y vivía. “Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre una asta; y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce, y vivía”.

Aunque fuera mordido otra vez, ya no tenía que desesperarse. Existía el remedio. Podía volver a mirar la serpiente de bronce levantada en un palo, y viviría.

Nuestro Señor Jesucristo, cuando conversaba con Nicodemo, hizo la solemne declaración: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Así como Dios no deseaba la muerte de los pecadores del tiempo de Moisés, sino designó un medio para salvarlos de una segura muerte, así Dios no desea la muerte del pecador hoy tampoco. A pesar de que con nuestra culpa hemos merecido la muerte eterna, el eterno tormento en las ardientes llamas del infierno, Dios ha provisto también para nosotros un seguro medio de salvación. Su propio Hijo sería levantado en la cruz, llevando los pecados del mundo entero. Allí pagaría la pena completa que nosotros hemos merecido. Así como la serpiente fue levantada en el desierto, Cristo, el Hijo eterno de Dios hecho hombre por nosotros y para nuestra salvación, sería levantado de modo que todo el que mira al Cristo crucificado, creyendo la promesa de que en él hay perdón de los pecados, vida y salvación, efectivamente será salvo, escapará la muerte eterna y el infierno.

En efecto, Cristo levantado de la tierra en la cruz es la segura señal del gran amor de Dios no por uno u otro, sino por un mundo entero de pecadores. El Evangelio de Juan nos dice también: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Es al mundo perdido en el pecado, y a cada pecador que lo habita, sí, a ti y a mí que Dios ha amado tanto que dio a su propio Hijo para redimirnos de nuestra culpa y pecado. Y porque es así, cualquiera que cree en el Señor Jesús tiene el perdón de los pecados y la vida eterna. “Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Cristo, entregado a la muerte, levantado en la cruz, es la segura señal de esa salvación y amor de Dios. En otro lugar Cristo declaró: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”.

“Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él

cree, no es condenado”. Mira a Cristo, crucificado por ti, muerto en la cruz, y vivirás. Recíbelo también en donde puedes encontrarlo hoy, en su santa palabra, y en el sacramento de la Santa Cena, donde él mismo está presente con su cuerpo y sangre para el perdón de los pecados. El mismo que fue levantado en la cruz por ti en el sacramento viene personalmente para distribuirte todos los dones de la salvación. Si has murmurado, si has sido infiel, si has sido frío e indiferente. Si has cometido adulterio u otros pecados aún más graves, igual como cualquiera que miraba la serpiente de bronce en el Antiguo Testamento se sanaba y vivía, también cualquiera que mira con fe al Cristo crucificado hallará perdón y vida. Y ¿si has reincidido, si has caído otra vez en un pecado que habías dicho que jamás te volvería a pasar? No te desesperes. Nadie que pone su fe en el Cristo crucificado saldrá sin el perdón de sus pecados. Todo el que cree en él tendrá la vida eterna. ¡Qué esta fe permanezca y se profundice en nosotros durante esta estación de la Cuaresma, y hasta el fin de nuestras vidas! Amén.